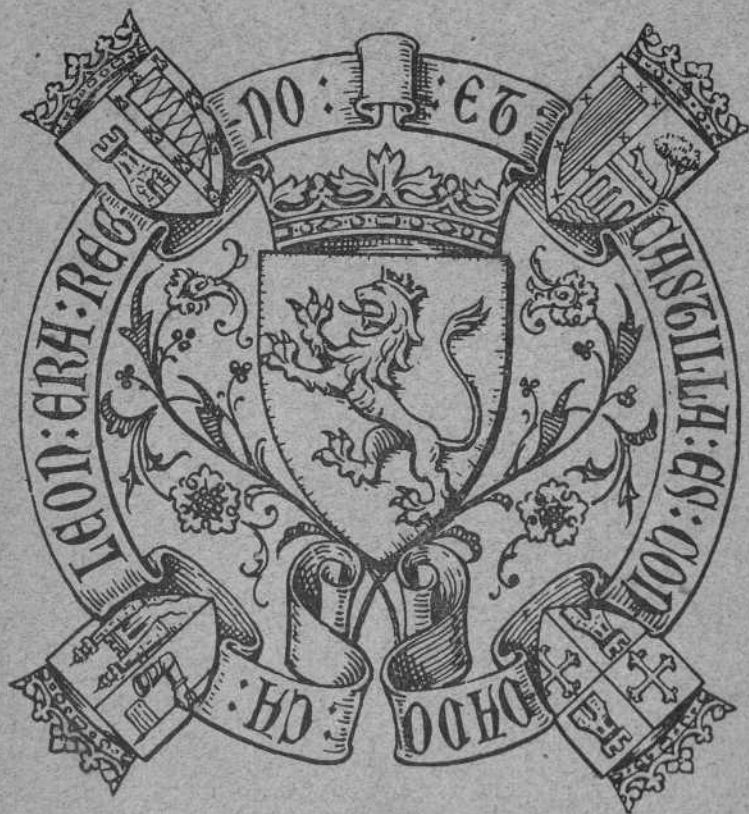


CRÓNICA
DE LAS FIESTAS REGIONALES
DE LA VICTORIA



CELEBRADAS EN LEÓN
EN EL DÍA 21 DE MAYO DE 1939

POR

J. GONZALEZ

JT
CDH

T 157086

CRONICA
DE LAS
Fiestas Regionales
de la Victoria

CELEBRADAS EN LEÓN
EN EL DÍA 21 DE MAYO DE 1939

POR

J. GONZALEZ



LEÓN
IMPRESA CASADO
1943

A la Excm^a. Diputación
Provincial de León.

EL AUTOR

CENSURA ECLESIASTICA

IMPRIMATUR

DR. JOSÉ M.^a GOY

VICARIO GENERAL
DE LA DIÓCESIS DE LEÓN

20 noviembre 1943

Prólogo

«Hoy al placer el corazón se entrega,
Hoy la esperanza sus colores viste;
porque la gloria, palpitante, llega.

ENRRIQUE GIL Y CARRASCO.»

«*Paz y Porvenir*»

¡Helos; helos, por dó vienen!

.....

El cronista hace temporada que viene emborrachándose con el zumo viejo de la solera tradicional. La Novena a la Virgen del Camino colmó de harturas la sed que no lograron apagar los vinos revueltos y turbios, escanciados, sin medida, en las bodegas democráticas.

Y una noche de mayo, fría y oscura, sin claror de luna, se encerró en la claustra de la Catedral, y allí, sobre las losas que cubren huesos de héroes, delante de los sepulcros que encierran, en laudas sobrias, las leyendas de obispos y de nobles, que corrieron por los campos del romancero, soñó, soñó con arneses y escudos, con lanzas y espadas, con lorigas y petos y lambrequines bordados en piedra y caballos corredores bridados por jinetes garridos; con aquel Bernardo que, en la leyenda, se hombra con el Cid y con Fernán González y con aquellos Reyes leoneses que supieron:

lavar con sangre *el solar*
a donde la mancha estaba;
porque el honor que se lava
con sangre se ha lavar.

Andaban aquella noche alborotadas las almas de los muertos por la claustra, y el cronista habló y dialogó con los espíritus de Juan de Grajal y Arias de Valderas, maestros en las ciencias de las Leyes, y con los entalladores e imagineros, arquitectos y pintores, con pedreros y estofadores, orfebres y doradores, y oyó que todos estaban locos de alegría porque volvían las aguas leonesas a correr por los cauces viejos de la tradición.

Sobre una losa del ángulo noroeste vió que se alzaba una figura de elegante porte, de mirar dulce y fascinante—¡Soy Carrancejas! dijo—¡Ah! ¡Ah! lindas estrofas hicisteis en el antecoro de Jordán.

—Entonces todo era puro; el oro, la vida, las costumbres, el arte, la piedad. Hogaño todo lo trocásteis y adulte-rásteis. Ahora se perciben rumores de que los leoneses os tornáis al buen sentido.

—¿No oís las músicas de chirimías y vihuelas, de órganos y arpas aromando el ambiente nuevo?

—En el centro del patio había un grupo de almas que clamoreaban cantares del ciclo épico; eran Badajoz el mozo y Orozco y Doncel y Herreras y Enrique Darphe. Cantaban romances de Bernardo del Carpio, Villancicos de Juan de la Encina...

Con tres mil y más leoneses
dejó la ciudad Bernardo

para aquella arrancada de Roncesvalles en la que los franceses quedaron sin capitanes, sin huestes, sin honra, porque los leoneses

No tienen tan flacos los pechos,
ni tan sin vigor los brazos;
ni tan sin sangre las venas,
que consientan tal agravio;

el agravio de un extranjero, aunque fuera tan grande como Carlomagno, que osara pisar las tierras españolas.

Al filo de la media noche, poblose de fantasmas la clausura; bullían y hablaban en tonos de algarada; calzaban udones de cuero labrado, medias blancas de lino; vestían bragas cortas con mantelete cubriendo el empeine; jubones de tisú, haldas de damasco rojo, fajas anchas, rojas como la sangre, camisas caseras, con pecheras de Holanda almidonadas; gregueras rizadas y acanaladas, sombreros de fieltro, de alas tiasas, y algunos, los clérigos, lucían lobs amplias, roquetes calados, con bordes de color violeta, zapatos con hebillas de plata y alzacuellos morados, con franjas de escarlata.

Los nobles estaban lujosos de veras; ricos mantos cuajados de perlas, capas bordadas en oro, con borlas de seda verde, sombreros con plumajes de mil colores variados y tahalí de cuero repujado, espadas cortas de acero toledano, con cruces y leyendas primorosas.

Las mujeres también estaban enjoyadas; faldas entablizadas, mandilines en los que el arte y el dinero habían hecho prodigios de adorno, con oro y plata, con esmeraldas y topacios, con cintas azules y cintas de terciopelo. Colgaban del pecho cruces y cadenas, relicarios y Agnus-Dei, collares de perlas engarzadas con eslabones de oro, y en las muñecas y en las orejas y en los dedos, traían tesoros de arte en anillos y ajorcas y pendientes.

El cronista estaba enloquecido con lo que veía y oía. De repente, una voz cristalina sonó en lo alto de la torre de las campanas.

—¡Helos, helos por dó vienen, los leoneses de hogaño,

reviviendo los días claros de antaño! ¡Son ellos los mis leoneses!

—Era el cronista de Felipe III que tenía el sepulcro a los pies de la Virgen de Betanzos, Don Pedro Quevedo, el cual desde una almena se había encargado de avisar las cosas que se estaban planeando en León.

—Son los gritos de la victoria; —decía— la alegría que estalla en vivas y aplausos en todos los pechos leoneses.

—Don Pedro Quevedo bajó en un vuelo al patio y despertó del éxtasis al cronista, quien le contó los preparativos que se estaban haciendo, para que toda la región leonesa tomara parte en la jublosa manifestación de la VICTORIA que había de ser al día siguiente.

—Como eres de la cofradía, te invito a que me ayudes a tomar datos, a captar hondas y rumores, para que no quede detalle sin escribir.

—¡Bah!— contestó Quevedo. Victorias tuvisteis muchas. Sonada fué la de la Francesada, y suguisteis lo mismo. Mientras no celebréis la fiesta de auténtica resurrección, con propósitos firmes de enmienda, no hacéis nada. Jolgorios, cohetes, percalina, gritos, todo se esfuma; el alma leonesa que estaba retoñando briosa y pujante, lavada con sangre, purificada con dolores, pide más; exige vida nueva, costumbres nuevas moldeadas en troqueles viejos; austeridad, piedad, trabajo, honradez.

Si; te acompañaré; haremos una crónica detallada; husmearé los rincones, entraré en todas partes, te traeré datos y noticias.

Y el fantasma de Don Pedro Quevedo, prestó al cronista un servicio que no sabe olvidar y gracias a él, hice esta

crónica de la más descomunal victoria ganada por la España auténtica contra la fiera internacional del marxismo.

El día dominguero. La mañana friucha; el cielo ligeramente entoldado con los percales del cierzo. Don Pedro volaba inquieto, recorría todas las afueras de la ciudad, el cruce de las carreteras, los rieles negros del ferrocarril, por los que resbalaban los trenes cargados de gente bulliciosa; contaba los autos, los camiones que llegaban de la periferia, por todas las vías, portando piñas de jóvenes ataviados con trajes regionales. Los había vistosos y bonitos. Desde San Marcos a la Catedral, todo era bullicio y algazara; las tribunas, los balcones, lucían gallardetes y banderas con los colores nacionales; el paseo de los Condes de Sagasta estaba como una rosaleta; la estatua de Alonso Pérez de Guzmán, había perdido el mohín que le puso, con poco acierto, el escultor Mariñas; la calle de Ordoño engalanada como si fuera a recibir al Rey cuando volvía de aquella jornada de Gormaz, triunfador sobre caballo árabe cogido al Cadi moro; en la Plaza de Santo Domingo, amplia, acuchillada por siete calles, rendía honores al monumento inédito de los *Caidos*; de la torre señorial de San Marcelo caían, monótonas y alegres, las notas de las campanas, pregoneras de que allí estaba el corazón de la ciudad, el centro de la vida leonesa; la calle del Generalísimo arrancando de la fachada del Palacio de los Guzmanes para morir en la Plazuela de Regla, ofrecía la perspectiva más fascinadora que podía soñar un prócer ostentoso y elegante; los escaparates, las tiendas, el balconaje salpicado de flores y sedas, el suelo cubierto con yerbajos como en la fiesta del Corpus, el griterío inquieto de los rapaces, los atuendos de las mozas, el semblante risueño de los hombres, hasta las vestas enlutadas de las viudas, ma-

dres y novias, todo ponía un tinte majestuoso al cuadro que Quevedo pintaba al cronista.

El aguijón de la Catedral desgranaba, pausadas, cronométricas, las campanadas de las grandes solemnidades; la Pulchra estaba guapísima, reflejando en los lienzos blancos de los muros los rayos tímidos de un sol que luchaba con los celajes del cierzo.

Quevedo subió hasta la veleta para ver los giros de acrobacia de los primeros aviones que volaban sobre la ciudad, y allí, a horcajadas sobre la bola enorme, esmerilada por la lluvia, voceaba:

—¡Helos, helos por dó vienen!

Vienen de todos los vientos, del poniente, del norte, del oriente y del mediodía, ataviados como yo los ví a los mis leoneses en 1603, cuando entró en León la Majestad Católica de Felipe III. Tal como vienen los reconozco a todos, a pesar del atuendo diverso que traen, de las distintas zonas. Ahí vienen los bercianos con el espíritu de aquel señor de Bembibre, encarnando el alma de los Templarios de Ponferrada, cantando tonadas viejas que hablan de las leyendas del lago Carucedo, y de las Medulas estripadas y de los anacoretas que anidaban en las breñas de los montes Aquilianos y de las flores de sus vergeles. Ahí vienen los maragatos de Astorga, con sus trajes típicos ostentando lujos y atavíos que pueden ornar a princesas y a infantes; los parameses de La Bañeza, los ribereños del Orbigo, de Coyanza y de Sahagún con capas pardas de estameña, con zapatos claveteados para triturar los terrones arcillosos de las sementeras fecundas; los hidalgos de Valderas, los burgueses de Sant Fagun, los infanzones del Bernesga, los monteros de Cea de Almanza, lo mismo que cuando corrimos en los montes del río

Camba, aquellas cacerías de venados y de jabalíes que tanto gustaron a la Majestad Católica de Felipe III, que se hospedaba en Trianos, como en el su Palacio de Aranjuez, agasajado por aquel Prior Fray Andrés de Caso, de limpio linaje Astur-Leonés.

Por el norte vienen, descolgándose de los riscos, por trenes y por carreteras, los montañeses de Riaño y de La Vecilla, trayendo venablos y chuzos como aquellos arcabuceros de la Merindad de Valdeburón, que abrieron brecha en Tor-desillas, contra las tropas imperiales, luchando en la vanguardia de las huestes Comuneras. Son lo más castizo de la montaña, de esa montaña culta y recoleta, raza de pastores trashumantes, y solera rancia del lenguaje puro, y de piedad sin zalamerías y embelecós. Vienen los de Murias con sus panderos de La Lacedana, con los cuernos de guerra que sonaban en el histórico castillo de Luna, el más viejo y poético de los castillos leoneses, que oyó los lamentos de la prisión del Conde de Saldaña, el padre de Bernardo del Carpio y se regó con las lágrimas de aquel desgraciado Monarca gallego Don García, víctima de la ambición del Héctor de Castilla, Don Sancho, el que murió delante de los muros de Zamora *la bien ganada*.

¡Qué buenos vasallos los mis leoneses cuando tienen buen Señor!

—Pues ahora —le replicó el cronista — tenemos el mejor Señor que podamos soñar, un Caudillo, genio de la guerra y político sagaz, de pocas palabras y de hechos tan grandes, que, como los antiguos, no cabiendo en la historia, se derramaron por los campos de la leyenda y del romancero.

No se mueven estos leoneses de ahora, como se movían hace cerca de tres años, que hormigueaban los mozos por

veredas y cerros en plan de algarada guerrera; ahora vienen a testimoniar y rubricar con zainbras y cánticos la *victoria*; a decir con sus fiestas y bailes típicos que León, como siempre, puso toda la carne en el asador, derritiendo en el altar de la patria, sus mejores reservas, derramando la sangre de los mejores, nutriendo, con la riqueza de sus víveres las venas de los soldados.

Tú me vas a prestar a mí, cronista de esta fiesta, un gran servicio. Como eres fantasma, puedes volar y ver la cinta de la grandiosa manifestación, desde San Marcos a la Catedral, y me dirás los trajes y los colores y las músicas y bailes que, en competencia creadora, han de tornar, por unas horas, la vida fútil y epicúrea de este León modernizado, a esa otra vida tradicional que tu viviste, y que resucita triunfadora, para reanudar la historia vieja de epopeyas y de romanzas, entretejida con los hilos de un progreso sano y robusto.

Que si nosotros recibimos la tradición a *beneficio de inventario*, es porque no desdeñamos las enseñanzas y las lecciones que el tiempo desgrana para hacer del *ayer* y del *hoy*, un *mañana* próspero y fecundo, que nos oriente por rutas imperiales de grandeza y de justicia.

—Conforme; —contestó Quevedo.— Yo volaré más rápido que los aviones, oíré todos los cantares, me apostaré en las encrucijadas, me posaré en las tribunas, subiré sobre los arcos de triunfo, andaré por las plazas, y como soy fantasma, sorprenderé los latidos de todos los corazones, para que tu pluma ágil y nerviosa, escriba y detalle esta manifestación exaltada, digna de que la cante un Homero o un Tasso.

Y el cronista que lo vió, llenaba cuartillas al dictado de

un espíritu inquieto, que iba y venía, como abeja laboriosa, que libaba en el cáliz de todas las flores, el zumo dulce y fresco de todas las noticias.

Yo, leonés de *cuatro suelas* como decía el Padre Isla, *morido de amor por esta tierrina* de mis encantos, estaba equivocado. Creía que había muerto la tradición; que no quedaban huellas luminosas de un pasado glorioso; que no había ya más que música de manubrio y pianola, bailes exóticos, sin arte, propicios solo a la exaltación de bajas pasiones; pero no; aún quedan restos aprovechables, aún podemos ufanarnos de ser un plueblo que sabe remozarse al conjuro de las grandes conmociones sociales, y volver la vista hacia atrás en busca de la luz que alumbró los campos de la historia imperial de España.

«Ayer fué día de facer fazañas; hoy es día de cantarlas» y los leoneses supieron hacerlas en las cumbres de nuestros montes, y cantarlas como un pueblo de juglares por las plazas y calles de la ciudad. Como aquella juglaresa del libro de Apolonio:

«Comenzó hunos viesos é hunos sones tales
que trayen gran dulzor, et eran naturales,
finchiense de omes a priesa los portales,
non les cabía en las plazas, subíanse a los poyales.»

No acertaba yo a separarme del pórtico oeste de la Catedral, porque estaba la Virgen del Parteluz bellísima y sonriente como nunca la ví. Adornada con flores y ramos, como portera del cielo, elegante en los pliegues de la túnica, airo-sa en el talle, triunfadora, pisando al dragrón con aquella cara de dulzura maternal, parecíame la Inmaculada española presentida en la inspiración de los artistas del siglo XIII.

Era ella la que iba a recibir el homenaje, en testimonio de gratitud, de un pueblo enloquecido por la Fe y por la Victoria.

Se oían ya las voces de aquella orquesta soberbia, que empezó por unas campanadas y por unas bombas anunciadoras, y los anillos de la cadena humana se movieron con un automatismo sorprendente.

Don Pedro Quevedo hacía rato que aleteaba en torno mío. Mis impresiones eran muy subjetivas, demasiado locales. Decidí subirme a la torre y delante de los pretilos mohosos, testigos de emociones soberanas, con unos prismáticos poderosos, recorrí todo el itinerario. Colores, matices, la indumentaria policromada, las banderas ondulando, los pendones, ¡Oh! los bellos pendones leoneses de damasco que habían lucido sus pliegues de oro y de esmeralda en la procesión de la Virgen del Camino ¡cómo erguían soberbios y alegres escoltando el atrio de la Catedral! ¡Cómo repartían besos movidos por la brisa mañanera clavados en las rejera severa de la Pulcra Leonina! ¡Qué bien estaban allí en la verja del mediodía mirando al Seminario que fué albergue y sanatorio de heridos españoles, los cuales lloraban de emoción y de entusiasmo al recordar las calamidades de Teruel, las bravuras de la bolsa del Ebro, en donde la muchachada heroica dejó brazos y piernas, cuajarones de sangre que reviven ahora en amapolas del campo y en manifestación espléndida del alma de la patria redimida!

¡Eran ya las once de la mañana cuando sentí el soplo tenue de Don Pedro Quevedo; venía con otro fantasma tan nervioso e inquieto como él!

¿Nó le conoces? —me dijo— Es Cebrián, el arquitecto leonés, el que desarrolló los planes maravillosos de esta Ca-

tedral, traídos por Don Manrique de Poblet y ampliados por las ideas artísticas que en León y en Castilla florecían como una promesa.

—Venimos de San Marcos —añadió Cebrián— No vi otra cosa como esta. Yo era un niño cuando aquellas fiestas de la coronación de Alonso VII el Emperador. Tres Reyes, la Nobleza, Caidos moros, Condes de Francia, veintiséis Obispos, cincuenta Abades congregados en Santa María de Regla en Concilio nacional y una muchedumbre que llenaba las estrechas calles y las empedradas plazas.

¡Nos sentimos entonces orgullosos los leoneses de aquella maravilla en trajes, en músicas, en entusiasmos porque León era la Corte digna del más grande y poderoso Emperador «totius Spaniæ»!

¡Yo llamé hace unos momentos en el Panteón del Señor San Isidro a las almas de los Reyes y Reinas y Princesas, para que se levantaran a ver a este León y volaran conmigo, pero se volvieron a recoger en las sombras de los sepulcros porque se asustaron de lo que había, se aturdieron con lo que veían y oían!

¿Soñabas tú, Quevedo, con algo parecido?

Y en los tus tiempos, a los principios del siglo XVII, la monarquía española era la más espléndida y la más rica y poderosa de Europa.

Entonces cuando vino Felipe III, podíais hacer cosas bellas y eso que León estaba arrinconado y despreciado. Pero con todo el oro de América, que venía en chorros, con todo el poderío de los monarcas, con toda la influencia de aquella nobleza altiva ¿a que nó os atrevíais a hacer algo que fuera una sombra de esto?

¡Y esto que hacen ahora los leoneses, lo hacen después de una guerra catastrófica, cuando la sangre de los mejores regó los campos de España, cuando las reservas económicas parecían que estaban agotadas, cuando los días son más propicios para llorar que para reír!

—El cronista se lamía de gusto al oír a estos leoneses resucitados y el lápiz corría sobre las cuartillas veloz y orgulloso.

—El desfile —continuó Quevedo— fué cromométrico, exactísimo en los detalles; el gran crucero de San Marcos era un hervidero de gente; el paseo de los Condes de Sagasta, era una piña enorme de grupos; las calles de Ordoño y del Generalísimo abarrotadas de público. Había tribunas engalanadas para el Jurado y las Autoridades; sobre la estatua de Guzmán, flameaba una gran bandera nacional; tres arcos monumentales, algunos con pinturas de gran valor artístico, cortaban la calle de Ordoño.

Sonaron tres bombas reales. Abría la marcha el de León; un heraldo a caballo llevaba una cartela sencilla; el desfile se hace con un orden admirable; los trajes típicos, las canciones populares, las carretas adornadas, el gentío en tensión de loco entusiasmo, el día derrochando luz, el sol ni tibio ni ardiente; la algazara creciendo en emoción estética.

Vine volando a traerte estas primicias que tú engazarás en esa prosa sobria que estiláis ahora.

—Y volando marchó con Cebrián a recoger noticias de un conjunto armónico jamás igualado.

Desde la torre oyendo el ruido de los cohetes, el runroneo de colmena alborotada, no era posible escribir; la imaginación me llevaba a éxtasis contemplativos a estados de alma adormecida con el opio de las emociones. Me recosté

sobre el pretil y en una somnolencia inconsciente estaba, cuando volvieron los fantasmas.

A borbotones les salían las palabras; ambos porfiaban por volcar sus impresiones sobre mis oídos.

—Verás, verás —decía el arquitecto— hay que verlo para saborearlo y decirlo. ¡Como ésto nada!

Yo fui a Valladolid para traer a Jordán y a Juni, para que gozaran aquí en este León en donde lucieron sus cinceles nerviosos, y los traje y lloraban de emoción y no acertaban a decir palabra porque el conjunto y los detalles les fascinaban. Y se volvieron para decir en la ciudad del Pisuerga: —LEÓN CABEZA DE REINO CUANDO CASTILLA NO ERA MÁS QUE UN CONDADO— No divagues, no divagues —le contestó Quevedo.—

Al grano, al grano que no es hora esta de buscar emulaciones sino de cantar el himno eterno de la unidad imperial de España.—

—Pues dilo tú que sabes de crónicas, de reseñas.

—Lo diré.

Detrás del Heraldo, venían los del partido de León; la ríada de gente se derramaba en oleajes asimétricos, por rincones y crucerías; la policía sudaba la gota gorda por contener a las paredes de público que se apelotonan para ver más de cerca el desfile; el repiqueteo de castañuelas, el ritmo de las danzas, las melodías dulces de los cantares embriagan las almas con el zumo de una poesía clásica y sentimental. No podía apartar la vista del color de los trajes, de las riquezas de los bordados; los grupos poco ensayados pero con una espontaneidad atrayente hacían primores en la procesión, con sus gestos, con sus movimientos. Todo era armonía y gusto exquisito en la marcha triunfal de la victoria.

La procesión de vestimentas, las variedades de colores; aquellos mandilines de terciopelo cuajados de piedras, aquellas medias blancas de lino modelando pantorrillas torneadas, aquellos zapatos bordados sin esos tacones exóticos que se estilan ahora, aquellos flecos en los pañuelos que llevan las mozas con la elegancia y el aire de princesas; las ajorcas, los zarcillos, los pendientes, los medallones que fueron el orgullo de bodas en las abuelas de las rapazas que los lucen hoy, la alegría en los semblantes, el chispear de los ojos, los gritos que salían de las gargantas de nacar, el compás de los andares, el carmín de las mejillas, los corales de los labios, la cinta lechosa de las frentes sombreadas por rizos de azabache y de oro; ¡esas, esas son las leonesas auténticas, las leonesas antañonas que fueron madres de una raza de heroes, de misioneros y de santos!

—Sí —interrumpió Cebrián— Así es, pero tú no viste como yo a unos señoritos repintados y anémicos que decían que todo este muestrario de trapos viejos debería ser recogido en un museo.

¡Cronista! Protesta contra eso; esos trajes se hicieron para vestirlos, y para lucirlos, y si ahora pensáis en que reviva lo viejo, para moldear costumbres y modas en el troquel de la tradición, haced que las mujeres vistan como antañón, sin esos sacos antiestéticos que nos han venido de Francia y que no son más que coberturas de una carne ardiendo en apetitos deshonestos. La belleza está en la sencillez; la hermosura, lo mismo en la figura humana, que en las formas escultóricas y arquitectónicas consiste en no adulterar las líneas, en no deformarlas y en no recargarlas; el arte por el arte es una porquería; ni desnudeces ni barroquismos estrafalarios: si esto lo lleváis a un museo es prueba de que no

tenéis propósitos de enmienda, de que pensáis en seguir siendo afrancesados como hace un siglo. Y ya véis lo que os vino de Francia. Escarmentad ahora que sacudistéis el yugo omnimoso del espíritu francés, para volver a lo típico, a lo español, a lo auténtico.

—A este paso —les dije— no hacemos la reseña; la crónica escueta, sobria, no se traza con comentarios ni se escribe con discursos intercalados.

—Pero lo que tú quieres hacer —me repuso Quevedo— no es una literatura seca y árida; quieres dar vida y color a los hechos; no quieres hacer sólo bocetos y dibujos, sino pintura y colorido, para que los sucesos se graben en la memoria con los pinceles de la imaginación.

—Novelas, no. Historia real, vivida, que sea como el sillar de la España nueva; una cosa seria, concienzuda y pensada.

—En donde mejor se aprende la Historia es en las novelas históricas con estilo fresco y decir ameno.

—Rogué a los fantasmas que hicieran otro vuelo para tener un poco de reposo y poder llenar algunas cuartillas con lo que me contaron y con lo que veía yo desde la torre de la Catedral.

—En la magna procesión iban de vanguardia los del partido de León, Valverde del Camino con tres ramos, cordeiros y gallinas; Chozas con palomas; Villadangos con veinte parejas, el Tío Alonsín al frente, simpático viejo de ochenta años, tocando un añejo tambor construído por él en sus mocedades; Armunia, con un heraldo a caballo y una carreta; La Sobarriba, con sus dos Ayuntamientos en masa, precedidos por los danzantes de Roderos. En una carreta de Garfín hilaban serias y solemnes unas mujeres; los del Rabane-

do hacían una boda en la que los hombres traían las viejas capas y las mujeres trajes lujosos y típicos; la Cofradía de San Isidoro desfilaba con bonitas carretas delante de la imagen del Santo y los seises venían con sus insignias como en la fiesta del bendito Labrador. El Casino Leonés que tanto culto dió al modernismo, hizo acto de presencia con bellas muchachas ataviadas con vestiduras elegantes y sencillas; era todo un símbolo de restauración del buen gusto. Mansilla trae danzantes; Cuadros y Rioseco panales de miel; Vegas del Condado baila al son de la clásica dulzaina; Sariegas y Onzonilla majan lino; Villasabariego y Gradefes con lucidas representaciones, sin grandes arreos, pregonan lo que se puede hacer con estas aldeas en las que aún no se ha extinguido el espíritu tradicional.

Después de León, Astorga; la vieja comarca de recuerdos históricos, la ciudad capital de todos los pueblos astures, la de las grandes vías romanas, en cuyas tierras viven, como un quiste etnológico, esos Maragatos cuyo origen Bereber o Celta, sigue siendo el tormento de sociólogos y que son conocidos en toda España por su espíritu mercantil y conservan todavía costumbres y trajes, dialecto y aficciones inconfundibles. Aún resonaba en las calles de Madrid, hace pocos años este cantar:

Maragato pulido
vay pa tu tierra
que está la maragata
muerta de pena.

En una fiesta como esta, de tipo regional, no podía faltar Maragatería y ¡vive Dios! que se lucieron de veras los Maragatos. ¡Qué trajes, qué riquezas y qué naturalidad al

llevarlos y lucirlos! Los hombres con zaragüellos que son bragas de amplísima seda en los ricos, y de paño de Béjar en los pobres; con ancho cinto de tela bordada en seda o en plata y oro; con chaleco encarnado; con bordados finos en la pechera; camisa de lino con encajes y deshilados, el sayo con faldillas; sombrero de cordones; botonaduras de plata, con filigranas de calados y de figuras. ¡Estaban deslumbradores de lujo y de gusto! ¿Y las mujeres?

Desde el caramiello que recoge la cabellera de ébano y el manteo largo de gran vuelo y los pierriellos y el mandilín calado de terciopelo y la chambrá ajustada en la muñeca y el largo manto y los collares grandes con cruces y relicarios y el lenguaje mezcla de bable y de leonés antiguo, todo contribuye a realzar la figura de estas maragatas, que en la magna fiesta de la Victoria, parecían princesas medievales que venían a León a rendir homenaje y pleitesía a la Majestad Imperial de Alonso VII.

Buen gusto en la presentación, esmero para seleccionar lo mejor de lo mejor, orden y armonía, como que a la legua se notaba que anduvieron allí manos de artistas consagrados y genio de pintores, que curaban las desgarraduras de alma con el óleo de estas bellezas singulares.

Astorga viste bien y canta como una alondra en los barbechos de la paramera leonesa.

Castrillo de los Polbazares, Santa Colomba de la Somoza, Santiagomillas, Val de San Lorenzo, Luyego y la zona ubérrima del Orbigo. ¡Oh! qué tierras estas viejas de León antiguo, que saben vibrar al son de las castañuelas y de los panderos, como cuando iban detrás de los pendones municipales y solariegos, a las algaradas que preparaban los Reyes de la Monarquía Leonesa.

Astorga sigue siendo uno de los mejores blasones del escudo heráldico de León.

Casi tan rica en atuendos, pero menos lujosa en la presentación viene La Bañeza. En trajes, en danzas clásicas, en bailes y cantares brillan las riberas risueñas del Orbigo y los páramos leoneses como conjunto armónico de luces fosforescentes de un pasado glorioso. Alija de los Melones, Destriana, Laguna de Negrillos, San Cristóbal de la Polantera, San Esteban de Nogales que conserva el aroma de aquel Monasterio rico en recuerdos, plantel de sabios, cantera sagrada de teólogos y de oradores, de humanistas y de poetas, que por todo el Imperio español se derramaron, en cascada cultural y educadora, y Santa Elena de Jamuz, que trabaja la cerámica con maestría de artista y Santa María del Páramo en donde perduran las razas andariegas de un comercio trashumante. La Bañeza, con mayor preparación, puede dar ella sola un día de fiesta regional.

Quevedo y Cebrián tardaban en volver. Como el cuervo del arca de Noé, hallaron follaje y vida en sus escarceos y temía yo que quedaran prendidos en las ramas de este bosque de belleza, como el ruiseñor de la leyenda de Montseny. El cronista de Felipe III, aleteó suave y adormilado sobre los pretilos de la torre. No hablaba; balbucía con una laxitud de espíritu que no era cansancio, sino algo como submersión estética en un lago encantado; estuvo unos minutos junto a mí, abriendo los ojos desmesuradamente, braceando como si quisiera tirarse de lo alto de la torre, porque empezaba a llegar a la Plaza de Regla la cabeza de esa gran serpiente que reptaba desde San Marcos por las arterias del León moderno. Le despertaron las bombas y cohetes que salían de los balcones del Seminario, tirados por mutilados

de la guerra, que querían participar en la gloria de la Victoria, como antes participaron en las gestas heroicas de la campaña. Bellas caras de muchachos que se apoyaban en los brazos de enfermeras, que parecían bandadas de palomas posadas en las terrazas y en las ventanas del hospital. Toda la Plaza estaba engalanada; piñas de gente salían a los balcones; una riada alegre y cantadora fluía por las calles; los jardines, las bocacalles, todo el ensanche del Palacio, era una masa multicolor que gritaba y aplaudía sin cesar; los pendones se movían con el viento y en los pliegues de los paños, en las cruces de los palos, se rompía el sol, para jugar con los damascos y terciopelos que, en ondulaciones simétricas, parecían que enviaban besos ardientes de amor a los mutilados que se asomaban a las ventanas del Seminario.

Quevedo, al despertar, había como un ebrio; eran poco concertadas sus palabras; reía, lloraba, gesticulaba como un loco.

¿Y Cebrián —le pregunté—?

—No me digas; se metió en una casa, en un hogar de la montaña y me dijo que de allí no salía, porque allí había aromas viejos, soleras de la bendita tradición, vida resucitada de costumbres, que le recordaban aquellos días en que él como arquitecto, recorrió los valles frescos de Balneare y de Lillo, en busca de piedras para la obra enorme de Santa María de Regla.

—El gentío se apretujaba nervioso, se movía en vaivenes lentos y las cuadrillas de los partidos iban llegando para ofrecer a la Virgen Blanca, las ofertas que traían a la Reina de la Paz.

Desmedrada y pobre venía La Vecilla. Arrasada por la horda; sin casas, sin trajes, sin escudos. ¡Así pagó el Marxismo a esa montaña, la mayoría de votos que le dió en las últimas elecciones! Pensó alguien traer a la Dama de Arintero, con su traje de guerrero ocultando las formas femeninas, con su espada blandida en los campos de Toro, al servicio de la más grande de las Reinas, de Isabel de España, para expulsar al intruso de Portugal, pero La Vecilla no está para fiestas; la raza de los Cansecos y Getinos, de los Argüellos y Quiñones, llora como una arrepentida las zalemas y pleitesías, que tributó en días fementidos, a la fiera marxista. Se asoció a esta fiesta como comparsa de pobres, que no tienen que lucir más que una carreta de La Robla, como testimonio ferviente de amor a la España que nace.

Murias de Paredes también sufrió los zarpazos de la fiera. País de rico folklore, en trajes, en tradiciones, en leyendas, en cantares, hizo todo lo que pudo para venir a la fiesta con lujo y elegancia. La Muria de Villablino, una torre de manteca artísticamente labrada, una boda con clásicas tonadas y atavíos curiosos, unos bailes bien presentados, eso es todo. Pero Murias puede hacer mucho más; tiene esos calechos para cazar lobos, que no tienen que envidiar al Chorro de Valdeón; tienen los restos del Castillo de Luna, en cuyas cuevas aún alientan leyendas medievales; tiene carros de factura Céltica; tiene colecciones magníficas de cantares pastoriles en Laceana, con sus valles bellos y sus cañadas y cerros vestidos y sus panderos que animan a rondas y romerías.

Quevedo se distraía leyendo mis cuartillas escritas a lápiz; fruncía el ceño con frecuencia y al ver desfilar al Bierzo y Sahagún se enfurruñó y escribió estas palabras:

¿Dónde están los mesnaderos del Señor de Bembibre, los peones de los caballeros del Templo, los Gasalianes de los monasterios famosos? ¿Dónde quedaron los frutos tempraneros de la Arcadia leonesa, los metales de las Medulas, las calzas y jubones de Cacabelos, los pañuelos atados a un lado de la frente en la cabeza de las mozas, o ajustados al pecho para anudarlos a la cintura de las mujeres? ¿Dónde está la riquísima colección de trajes, la inspirada poesía que en endechas cantaban los labriegos las leyendas del Carrucedo, los atavíos de las renombradas ferias, todo ese arte galáico leonés melancólico y tierno que era un tesoro y una envidia?

¿Y Sahagún? Tierra de monasterios y castillos; cuando yo andaba en carne mortal por el mundo, recuerdo las fiestas que se hicieron en Trianos a la Católica Majestad del Rey Felipe III y las cacerías a Río Camba, y los agasajos que hicieron al Rey el Marqués de Villamizar y el Conde de Cea y las cabalgatas vistosísimas que organizó el Marqués de Alcañices que vivía en Almanza, y llevaba apellidos de Enriquez y de Borja como hijo de San Francisco de Borja y conmigo anduvo preparando festejos en el Castillo de Grajal, un canónigo compañero mío, Don Alonso Enriquez y Borja y quedamos encantados de la vistosidad de los trajes y del lujo de los atuendos y del aire y garbo con que bailaban los ribereños del Cea; y una noche que pasó el Rey en Valdavía, todos quedamos prendados de las rondas de los mozos y de lo bien que tocaban el tambor y las castañuelas. ¿No quedan ascuas de aquellas lumbres?

¿Y los burgueses de Sahagún que con tesón arrancaron al poderoso Abadengo, fueros y franquicias, que tenía un pendón viejo, y acuñaron monedas y se sentaban en las

Cortes entre los Próceres y Nobles y llevaban mesnadas de jinetes a la guerra? ¿Qué fué de aquella grandeza? ¿Feneció el recuerdo de aquellas costumbres? Allí vimos pastorelas bonitas, trajes de lana teñida, zaniarras de piel de carnero, zajones adobados, madreñas taraceadas. Yo estoy seguro de que si escarbáis un poco en la costra dura de la tradición de este país, encontraréis cosas dignas de presentación; algo que no desmerezca de la hidalga condición de una tierra que supo hacer el monasterio más famoso de España y levantar Castillos en todas las atalayas de la ribera.

¿No tiene Sahagún procesiones típicas, un poco paginizadas, pero ardientes de fe y de piedad?

—Quevedo volvió en busca de Cebrián, para que el arquitecto le contara cosas del hogar de Riaño. En tanto volvían, ví entrar en la Plaza de Regla a Coyanza, la risueña comarca que riega el más poético de los ríos leoneses. ¡Y cómo venía de ataviada y de alegre!

Parecía traer decires y cantigas de aquel poeta Baenero Fray Diego de Valencia; maestro en el arte de trovar, gran teólogo y físico que aquí en León cantaba a lo Divino y a lo humano, con estro en que el erotismo desdecía de sus hábitos de Franciscano. Los cantares de Coyanza están impregnados de poesía, de aquella poesía pastoril y geórgica de la Diana de Montemayor, de los acentos viriles y sonoros que entonaba el inolvidable P. Gilberto.

Los danzantes coyantinos que salen en las procesiones del Corpus y en las fiestas titulares de las parroquias, lucieron artes y sabor regional, de más rancia solera leonesista. Carros de labranza, segadores y vendimiadores, venían a ofrendar a la Virgen de la Victoria los frutos de la tierra y las estrofas limpias, como los chorros del Esla, de unos can-

tares ingenuos y deliciosos. Entre ellos venía Cacabelos con lagareros vendimiadores, como flor destacada en la rosaleta coyantina.

La Plaza estaba encantadora. Los pendones airosos rodeaban como centinelas de amor el atrio de la Pulchra; risas de niños inocentes caían de la fuentecilla; alegrías retozonas resonaban por todos los ángulos; las Autoridades se reúnen en el pórtico delante de la Blanca, como cuando se celebraban los juicios de Apelación de todo el Reino, teniendo el libro del Fuero Juzgo abierto en el Pilar y detrás, la estatua de la Justicia en presencia del cuadro soberbio del Juicio Final, cincelado por manos de ángel; el público enloquecido con lo que veían los sus ojos; el Obispo y Cabildo en el par-teluz de la gran portada dispuestos a recibir las ofrendas.

Yo había bajado de la torre y logré a duras penas entre apretujones y griterio, encaramarme sobre las verjas y desde allí presenciar la ofrenda y oír las oraciones cálidas serenas y dulces del Alcalde que ofrandaba y del Prelado que aceptaba la ofrenda.

Antes de empezar me flageló suavemente en la cara el aletazo de un fantasma. Era Cebrián que no se apeó de la casina de Riaño.

De tipismo —como ahora decís— nada que se pueda comparar con este. Estos montañeses no degeneran; son los mismos de los tiempos de las Meridades democráticas, de los Concejos libres; son raza de Astures y Cántabros, de Cóncanos Múrgobos, de pastores y de guerreros, de fe dura como la roca, de costumbres sanas como el cierzo de sus cumbres, de vida intensa como las arboledas de sus montes. Su casina tiene todo el perfume de los recuerdos dulces, de las veladas de invierno a la luz de los aguzos, del trabajo

fecundo en las portalinas soleadas, del dormir tranquilo en los escaños, de las cocinas tapizadas de pieles. Traen todo el ajuar viejo y pobre. El techo de paja de centeno tostada por las fogatas y revuelta con el viento, las pregancias colgando sobre el llar, con argollas de hierro, barnizadas de sarro, para colgar calderos, los escaños de roble, las tajuelas bajas para sentarse al amor del rescoldo de las ascuas removidas, los barazones de avellano para secar chapines mojados y ristras de chorizos y de morcillas y de androjas recientes. Lo traen todo. Aperos de labranza, labores ordinarias; una vieja que hila lino y lana, un pescador que remienda y enmalla la garrafa y la relumbrera; un mozo que dola, con el hacha, los estadonjos y los brebiones del carro; un pastor que hace media, unos rapacines que leen el catecismo encuclados alrededor del llar a la luz de las rachas de haya, que despiden reflejos blancos en llamaradas rojizas, y dentro de la casina, un hórreo de manteca que parece un milagro que no se derrita y que está tan bien presentado y tan artísticamente hecho, que es una maravilla. Más de cincuenta kilos de manteca tiene el hórreo buronés. Una ermitina pequeñina y bonita de talco de Lillo, con su imagen tallada que es un primor, pieles de osos, un lobo amarrado con bozales de mimbre, un jabalí que rebudía, un hermoso ramo de enebro de cuyos gajos cuelgan racimos de truchas, panales de miel, y detrás un carro típico con ruedas de madera de haya. Las cambas y las segunderas y el miol y el eje untado con tocino y el ciliero y las latillas, todo típico y auténtico, y los bueyes enanos con sendos collares forrados con piel de tasugo y bordados con franjas de tafetán para que los cascabeles suenen meneados con lentitud cronométrica.

¡Míralos, míralos! ¡Ahora asoman! ¡Qué gusto, qué ale-

gancia! Las miradas del público converjen hacia ese cuadro; los aplausos arrecian, el entusiasmo se enciende de nuevo. Llegó Quevedo y seguía un poco mohíno, y eso que lo de Riaño le había desarrugado el ceño.

—Está todo bien--nos dijo--. Todo bien, pero esto no es más que un ensayo, y como ensayo no falta nada, pero echo de menos en todos los Partidos algo que no debía de faltar, las cabalgatas famosas que hacían los leoneses de antaño para festejar cualquier acontecimiento.

Cuando entró Felipe III en León, precedían a la comitiva escuadrones de caballería con bridajes y grupas y arzones y sillas de todas marcas. Los jinetes hacían cabriolar a sus caballos tordos y alazanes; mozas sentadas en aquellas sillas con respaldo de cuero forrado de seda, que llevaban las bridas en manos enguantadas y lucían pañuelos multicolores en la cabeza y en el pecho, y faldas largas y justillos abotonados y ajorcas y pendientes de plata con incrustaciones de esmeraldas y zafiros, y bucles de ébano en trenzas enroscadas y hebras que caían sobre las frentes y crenchas salpicadas de flores menudas.

De todo esto no hay ahora nada. Y se puede hacer mucho, porque estoy seguro de que en toda la provincia, sobre todo en las montañas, todavía hay mozas que saltan sobre los lomos de los caballos con agilidad y galopan sin perder el equilibrio, y saben llegar a las romerías de los puertos con todos los atavíos y elegancia de Amazonas honestas y recatadas.

—Empezaba la ceremonia de la ofrenda. El Alcalde de León, con su figura prócer, emocionado y solemne, hizo la ofrenda con estas palabras, cinceladas con el lenguaje castizo que sólo León sabe hacer.

«Permitid ahora, leoneses todos del viejo reino de León, los de esta tierra y los de las provincias hermanas de Zamora la vieja, Salamanca la doctora, Valladolid corte de reyes, Palencia la noble y buena, tan honrosamente representadas aquí, y los leoneses todos de la actual región, permitid que la ciudad de León que os ha congregado amorosamente, recabe el honor altísimo de su mayorazgo estampado en la Historia de España y en sus blasones gloriosos imperiales.

El noble reino de León, forjado en los afanes de la reconquista y en los altos anhelos que oteaban ya en el siglo X las glorias del Imperio en la unidad nacional y cristiana, vuelven hoy, en día lleno de luz y de esperanza, a juntarnos en el correr del río de la vida inmortal y de esperanza, a juntarnos en el correr del río de la vida inmortal de la hispanidad en este dulce remanso de la plaza de una catedral bruja de puro encantadora, como en los tiempos de aquellas magnas asambleas de Obispos y guerreros y hombres de leyes para proclamar los Buenos Fueros que a todos nos habían de guiar, o a dar gracias como ahora por victorias ganadas por la fe y el honor español.

Nobles señores y nobles aldeanos que con vuestros trajes preciosos adornáis esta fiesta, los vallisoletanos que tenéis la gloria de ser paisanos de Felipe II, los palentinos de quienes dijo Santa Teresa que sois de la mejor masa de gentes que ella había conocido, los salmantinos que hicisteis cantar a Fray Luis de León, los zamoranos que armasteis caballero al Cid en vuestra Iglesia de Santiago el viejo... esta es vuestra casa solariega y aquí estamos siempre a vuestro mandar.

¡Leoneses de nuestra actual provincia y tierra!

León siente hoy, al tener aquí lo más florido e ilustre de nuestras comarcas, el santo orgullo de la antigua Corte y los buenos tiempos de la máxima grandeza.

Aquí están, acudiendo gentilmente a nuestra llamada, todos los florones de nuestra gloria y todas las remembranzas del abolengo, que por ser leonés es de rancia hispanidad.

La insigne Astorga, la del convento jurídico romano y la de los más altos heroes de estas tierras norteñas en la guerra de la Independencia, so'ar de santidades, de hidalguías, de saberes que parecen compendiados en la figura venerable del sabio y patriota D. Marcelo Macías.

Bañeza, la vieja Bedunia, de los restos romanos, las ferilísimas riberas, los castillos nobles, la que vió en lo antiguo la tremenda batalla del Orbigo y, en el siglo XV, el inolvidable Paso Honroso.

Murias, la montañera, la de los verdes prados y las bellas canciones, la del castillo de Luna y las memorias de Bernardo del Carpio.

Sahagún, la del sabio monasterio que dió luz al mundo, la del Abadengo poderoso de un feudalismo sano y rico, la de la Custodia de Arfe, la de las predilecciones de Alfonso VI el conquistador de Toledo, la de los viñedos y trigales de la tierra de Campos góticos...

Ponferrada, la muy leal, la de la historia romántica de los caballeros Templarios, la de las bellas andanzas del Señor de Bembibre, la de Santiago de Peñalba, la del lago de Carucedo, la del oro de las Medulas, el oro que trajo a Iberia el imperio de los Césares, la deliciosa vega encuadrada entre el Manzanal y los enormes montes Aquilinos.

Riaño, flor de virtudes de la raza, de fe y tradiciones intactas e intangibles, la de las bravas montañas y los puertos alpinos y los valles paradisiacos, la de los hombres altivos y las costumbres castizas, la de los hayedales que a la otoñada se visten de color de llama viva, la de los inmensos rebaños que cantan escenas virgilianas desde las Conjas de Prioro hasta el Pico Espiguete en tierras de la Reina.

Vecilla de Curueño, la mártir del marxismo salvaje, la que ha perdido en la guerra hasta la casa blasonada de la Dama de Arintero, la que hoy no puede presentar más que huellas del paso de los bárbaros, entre las maravillosas hoces de Vegacervera y las de Valdelugueros, desde el fantástico lago de Isoba hasta el calcinado solar de Villamanín.

Quemaron y robaron todo, menos la historia del cenobio de San Froilán y la belleza de los Pontedos y la Tercia y los Argüellos, y el timbre de gloria de ser la patria de un talento y un sabio como el Padre Arintero.

Coyanza, en la tierra llana y riberas del Esla, Coyanza la bella que no quiere ser Valencia de nadie y no lo será más, la de la Virgen del castillo viejo, la de los campos de pan llevar y los espléndidos viñedos de la histórica Valdeiras a la noble Villamañán, que albergó en 1808 con patriótico cariño al General don Gregorio de la Cuesta y al Ejército de Galicia.

Coyanza la señorial, tierra de poesía caballeresca que se refugia en las últimas ruinas de su hermosísimo Castillo, arrullada por los versos de Fray Diego el del Cancionero de Baena o en los romances leoneses del contemporáneo y no olvidado Fray Gilberto Blanco.

Villafranca del Bierzo, que si en el orden alfabético viene la última, es tal vez la primera en la hermosura y donaire de

sus vergeles arrancados de Andalucía, perla del Bierzo y anacreónica de nuestra tierra, jardín de placer y descanso de peregrinos a Compostela, castillo de Corullón de la verde yedra y la romántica y santa aventura de una Alvarez de Toledo, del monasterio de Carracedo, el del rey Bermudo, camino de Gil Blas de Santillana, libro de heráldica nobiliaria de la calle del Agua y del convento de la Anunciada, tierra fecunda y alegre, tierra de color y de perfume.

Y quedan para los últimos los más cercanos, los de la tierra de León, los de la socampana, los de los valientes pendones que aquí gallardean como centinelas de la Catedral, los que mandan en León en las maravillosas procesiones de nuestra Santísima Virgen del Camino.

Con ellos venimos también los de la ciudad cien veces noble y leal, en cuyo nombre que es cifra y compendio de todos los que aquí estamos, los presento, Señora y Madre nuestra, Virgen de la Blanca, la de la eterna y dulce sonrisa, las ofrendas de nuestro amor y nuestra gratitud por la Victoria que tanto os habíamos pedido, y la petición de bendiciones para nuestro invicto Caudillo y para los forjadores de la nueva España, una, grande y libre.

Fiestas las de estos días de animación y adhesión y agradecimiento a nuestro Ejército glorioso, os pedimos, Señora, vuestra bendición para todos los combatientes de tierra, mar y aire, todos los soldados de Franco, que son los soldados de España, los salvadores de España.

Señora de la divina sonrisa, sólo os pedimos que nuestros procederes no os pongan nunca triste.

¡Señora y Madre nuestra, azucena blanca del reino de León, Señora que nos habéis defendido en la guerra y nos daréis paz en la paz!; más que con la palabra nos despedi-

mos con los ojos, con esa mirada que es el último adiós.

Con alma de niños os queremos decir aquella oración que de niños os decíamos y que acaba así:

Míranos con compasión,
No nos dejes, Madre mía.

¡Bandera de nuestra Patria, para tí nuestra vida entera!

¡Fe de nuestros padres, para tí el alma entera!

¡León de nuestros amores, para tí nuestro esfuerzo varonil!

¡España! ¡España! ¡España!

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

¡Arriba España! ¡Viva España! »

Fueron estas palabras la voz de los siglos que no envejece, el eco del alma leonesa que retoña, como los árboles talados por el huracán revolucionario. Jugosos los párrafos, evocadoras las ideas, la ofrenda del Alcalde quedará como monumento de casticismo, como modelo de lenguaje.

La contestación del Obispo no pudo estar ni mejor pensada ni mejor expresada.

“Señor Corregidor:

1. Bienvenidos seáis.

Bienvenidos seáis a los umbrales de este santo templo, por ser esta la Casa de Nuestro Padre, que está en los cielos.

Bienvenidos seáis los de la Astúrica Augusta, de Iglesia Apostólica, madre de santos, de héroes y sabios, a cuyo venerable Prelado envío, en nombre de todos, mi fraternal saludo.

Bienvenidos seáis los de la riente Bañeza, hijos de Nuestro Padre Jesús Nazareno y de su madre Santa María.

Bienvenidos seáis los austeros moradores de la montañesa tierra de Murias, de antiguas, sanas y cristianas costumbres, devotos fidelísimos de Nuestra Señora de Carrasconte.

Bienvenidos seáis los de las llanuras de Sahagún, inmortalizados por la Iglesia al apellidar con su nombre a uno de sus grandes santos.

Bienvenidos seáis los ponferradinos de la Tebaida española y de la Santísima Virgen de la Encina.

Bienvenidos seáis, montañeses míos, predilectos hijos de la Virgen de las Nieves.

Bienvenidos seáis los de la Vecilla de Curueño, pobrecines míos, para quienes fueron las primicias de mi visita a las ruínas de vuestras iglesias y de vuestros hogares.

Bienvenidos seáis los de la histórica Coyanza, la de la Virgen del Castillo viejo, a cuyo Prelado también saludo, y donde tengo parte de mis afanes pastorales en el seminario de Valderas.

Bienvenidos seáis los vecinos de Villafranca la hermosa, hermosa por la galanura de sus jardines y por la fe en su bendito Cristo.

Y no os digo bienvenidos seáis a quienes los últimos os habéis quedado, porque, siendo de León y sus contornos, siempre estáis con Nos, y ya que así lo queréis con vuestra aleccionadora humildad, a vosotros irán mis últimas palabras.

Bienvenidos seáis todos, los míos y los ajenos; no os puedo nombrar a cada uno en particular.

Bienvenidos seáis con vuestros sencillos y poéticos cantares, con vuestros variados y multiformes trajes, con vuestras puras y bellas costumbres por mí admiradas y recomen-

dadas en mi Exhortación a mis amadísimos Sacerdotes, vuestros queridos y venerados Pastores.

Bienvenidos seáis con ese vuestro decir aldeano, más sublime en todos los labios cuanto más puro es, matiz preciadísimo y no suficientemente explorado de la cadenciosa lengua Cervantina.

Y... sí, sí, muy bien parados estáis todos ante la Virgen de la Blanca para depositar a sus pies la campesina ofrenda de esta maravillosa tierra leonesa, variada y pródiga hasta en sus mismas entrañas.

2. He venido para recibirlos.

Venís... y a vuestra llegada he salido presuroso de dentro del Templo más delicado, más aéreo y más espiritual del mundo, trayendo en mi retina el resplandor de sus vidrios y en mi alma el divino fulgor del Sagrario, a cuyos pies comencé a oír la alegre melodía de vuestros antiguos cantares y el repiqueteo de vuestros sencillos instrumentos, y, antes, mucho antes de que aquí llegaseis, cuando en vuestros pueblos os preparabais tan entusiasta como candorosamente a la celebración de este Gran Día Regional, también oí el aleteo de vuestros espíritus ante el Dios escondido del Tabernáculo, que es el Dios de las batallas, a donde va a parar todo el honor y la gloria toda, que filialmente tributáis a la Virgen de la Blanca, y a donde de antemano han ido a parar vuestros afanes purísimos de ofrecer a la Virgen lo mejor que poseéis.

Henchidos de santo júbilo salimos a vosotros con los paternales brazos abiertos, que en Dios espero, jamás se cerrarán ni ante un hoy quimérico pero posible Calvario futuro.

Nos presentamos a vosotros con la episcopal bendición de Nuestras unguidas manos, que a todos quiere repartir el don de Dios con la intensidad que reclama el lema de Nuestro Escudo: IMPENDAM ET SUPERIMPENDAM PRO ANIMABUS VESTRIS: Gastándome y gastándome sobremanera en el divino servicio de vuestras almas.

Estamos aquí con el divino amor del Amor de los Amores, para desparramarlo por doquier sobre todas las almas, a fin de que todas unidas se fundan en el amor de Dios, que que es el amor a la choza, a la casa, al palacio, a la Región y a la Patria.

3. La Virgen de la Blanca, que os conoce, recibe gustosa vuestras dádivas.

Bien decíais, Señor Corregidor, que la Virgen de la Blanca os conoce; Ella sabe de vuestros dolores y de vuestras alegrías, de vuestras virtudes y de vuestras caídas, de vuestra historia pasada, presente y futura, y no ignora que la frialdad que os atribuyen es como la de la nieve de vuestras montañas, que licuada al calor del Sol divino madura los frutos de vuestras buenas obras, y que vuestro silencio es el de un grande amor, que NO SABE SER HABLADOR y que recuerda el silencio estático y embriagador de los bienaventurados, que San Juan nos dice en su Apocalipsis haber contemplado en el cielo.

Para Nos, que, como todo español, algo sabemos del antiguo y noble Reino de León, este Reino sin el que no puede concebirse la Hispanidad, gratisimo ha sido escuchar de labios del buen Corregidor de esta Ciudad, el cinematográfico recuento de las inmarcesibles glorias de vuestras Re-

giones todas, cimentadas siempre en el amor a Dios y a Santa María.

No os inquiete la pobreza de la ofrenda, como lo dice el gran San Pablo, no es la caridad, sino la calidad la que al trono divino llega, centuplicada en méritos por las benditísimas manos de su madre. Más apreció el Señor el modesto óbolo de la viuda, que el de todos los otros donantes, ya que éstos no echaban en el arca sino algo de lo que les sobraba.

Con nuestro Cabildo emocionado recibimos vuestra dádiva, santificada a los pies de la Virgen Blanca, ofrenda, que al ir a los hospitales de nuestros heridos de guerra, acompañada irá de vuestra fe y patriotismo, como el galardón máspreciado que recibir pueden quienes de él se hicieron dignos al dar su sangre por Dios y por su España.

4. Esta ceremonia hace revivir algo del antiguo Reino de León.

Siempre el padre en sus penas y alegrías recuerda a los hijos ausentes, por eso hoy es para Nos motivo de especial satisfacción ver aquí tan brillantemente representadas a las provincias hermanas:

A Zamora, la de la gran Semana Santa.

A Salamanca, la de la Clerecía y la Virgen de la Vega.

A Valladolid, la del Corazón de Jesús y la Virgen de las Angustias.

A Palencia, la de Nuestra Señora de la Cailera.

Porque a tres de ellas alcanza, en parte, la jurisdicción de nuestro báculo, y a todas, nuestro amor de Obispo español, agrandado por vuestra presencia ante nuestra incomparable Catedral en justo y bien merecido homenaje a este olvidado

y viejo Reino de León, que a la diestra de la Virgen Blanca conserva aún el *locus appellationis*, verdadero tribunal de justicia que nos rememora aquellas Cortes, aquellos Reyes y Prelados y Nobles y Pueblos que hicieron Grande a nuestra Nación, y que al correr de los siglos, unidos todos ellos, supieron poner los cimientos de Nuestra Unidad Católica y Nacional.

5. *La ciudad de León y sus contornos.*

Para los últimos habéis dejado señor Corregidor, los más cercanos y el último de todos, venís Vos, que sois el primero en la Ciudad, a presentar humildemente las ofrendas de amor y gratitud por la Victoria, y a fe que venís brillantemente acompañado por la ingenua algarabía del regocijo aldeano, que cual David ante el Arca, baila y salta, toca y canta ante la seriedad de piedra, que sólo aquí se hace celestial sonrisa en la Virgen de la Blanca.

Todo lo merece Ella; sí sí, merece vuestro ingenuo cantar, vuestro honesto baile, vuestra complicada danza, vuestra vistosa indumentaria, vuestras joyas, vuestro color, vuestras alegría, vuestra luz. ¡Qué hermosura! ¡cuánta poesía! De tal guisa ataviada la leonesa tierra, parece que tengo ante mis ojos la Esposa del Cantar de los Cantares, tostada por el sol del trabajo que le robó su color, pero, por él realizada y dignificada; parece que la veo de encarnadas mejillas, como la granada roja; y toda ella, huerto cerrado, fuente sellada, nardo precioso, la más bella entre las Bellas, la más Hermosa entre las Hermosas, anhelante y presurosa, buscando la flor del campo y el lirio de los valles. ¡Qué espectáculo tan arrebatador! semejante al que todos contemplamos en este momento.

Pero nuestros ojos de Pastor, admirados y agradecidos a la belleza que se postra ante la Criatura más Bella y Toda Hermosa, quieren calar más hondo, y en este conjunto de insospechada sublimidad, no ven más que la envoltura, lo externo de algo infinitamente más grande, más bello, más divino, cual es la fe y el amor de los leoneses a Jesús y a su Madre, amor y fe que tantas maravillas saben obrar.

6. Seguid en vuestro esparcimiento.

Recibida la ofrenda, seguid, hijitos míos, en vuestro honesto esparcimiento, porque piedad es alegría, y lo mismo se puede servir al Señor en el regocimiento de la oración, que, a su tiempo, en el canto y en la danza, en el vestido y en el baile, siendo Nuestro mayor contento, que junto o separado, todo eso sea siempre un rezo, una poesía religiosa, como creo lo es ahora.

7. Volvemos al Sagrario para continuar pidiendo por vosotros.

En tanto Nos, que del Sagrario venimos, como Padre confiado en la bondad de sus hijos, solos os dejamos y al Sagrario volvemos para pedir por vosotros, rogándoos que, a los pies del Tabernáculo y también a su tiempo, os postéis para pedir por Nos y, sobre todo, para santificar todos los actos, aun los más indiferentes de vuestro edificante vivir.

8. Oración a la Virgen de la Blanca.

Santisima Virgen de la Blanca, Madre y Señora Nuestra, recibid la ofrenda y la alegría de vuestros hijos en este venturoso día de la Victoria, como recibisteis, misericordiosa, sus peticiones y sus dolores en los días cruentos de la gue-

rra; haced, Madre Santísima, que ese divino Niño, cuya bella imagen nos bendice, haga descender sobre nosotros su gracia, para ser dignos de la paz, de esa paz que él prodigó, nos dió; haced que, como os acaban de pedir por los labios de su Corregidor, sean ellos cada vez más buenos cristianos y más buenos españoles; acoged con cariño a los que murieron defendiendo a su Dios, que es tu Hijo, y a España, de quien eres Patrona y Madre.

Pedid por nuestro invicto Generalísimo, para que Dios nos le conserve y guíe, ¡cuánto le debe España!; pedid por nuestro glorioso Ejército, de quien eres Capitana; pedid por nuestras buenísimas autoridades militares y civiles, provinciales y locales; pedid por todos los fieles y por nuestros abnegados y pobrísimos Sacerdotes, por sus Obispos y por el Romano Pontífice; pedid por la paz del mundo entero; haced que todos los pueblos se unan en el amor de vuestro divino Hijo.

Y ahora, que finalizamos esta ofrenda y esta plegaria, sea Nuestra Bendición Episcopal, que damos complacido, la que por vuestra intercesión, ¡Oh, Madre mía!, atraiga sobre la Iglesia, sobre España, sobre nuestro Generalísimo y sobre todos nosotros, gracias copiosísimas en el orden espiritual y también en el orden corporal. Así sea».

El Padre Carmelo Ballester, emocionado también como padre orgulloso de la alegría y de las bellas cualidades de sus hijos, atraía todas las miradas por su sonrisa perenne, por el mirar de sus ojos que fascinan, por la simpatía de su carácter, por su bondad característica, por ese tono que sabe poner en las expansiones sanas del alma.

En aquel lugar de las antiguas Apelaciones, bajo las arcadas soberbias, en donde las archivoltas y las enjutas del

tímpano y los doseletes y las repisas son combinación maravillosa de Apóstoles y de Angeles y de Santos que están allí como en el pórtico de la Gloria, para ser testigos en la gran escena del Juicio Final y para presidir como Jueces celestiales y garantía de la Justicia humana en los pleitos del Reino de León.

Allí, alrededor del parteluz de la portada en donde la Virgen Blanca preside desde el siglo XIII, recibe la admiración artística de los que entran en el bellissimo templo, y la emoción piadosa de los fieles enamorados de su talle esbelto y de los pliegues de su vestido y del aire del Niño que sonríe con la gracia Divina de unos labios que nacieron para bendecir.

Allí, en hora solemne que será histórica, A LA UNA DE LA TARDE DEL DÍA VEINTIUNO DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS TREINTA Y NUEVE, AÑO DE LA VICTORIA DEL CAUDILLO FRANCO, la Virgen Blanca de la Catedral de León recibe la ofrenda de toda la provincia, ofrenda de gratitud por los favores recibidos durante la guerra, ofrenda de frutos de la tierra que sea testimonio de fe sincera, de piedad sentida, ofrenda que es reconocimiento y promesa, recuerdo y esperanza, arrepentimiento de vida frívola y propósito firme de enmienda, porque hoy los leoneses, en este momento decisivo, declaran que quieren volver a vivir la vida de la santa tradición, en Falange unitarla, bajo la dirección del Caudillo Franco.

Y al hacer esta ofrenda, en la que ponen los leoneses toda su alma, todo su fervor rezando y cantando, esperan que la Virgen bellissima de la Blanca, la que ostenta símbolos Concepcionistas como expresión de triunfos contra el poder de Satanás; la que, a pesar de los siglos, luce la frescura de

su talla y el aire y garbo de una estatua que Fidias no la tallaría con mayor esmero e inspiración, piden que la Paz en España sea duradera, no esa Paz artificiosa de las Cancillerías, sino la Paz interior de los pueblos, la Paz espiritual que nos ate como a hermanos, nos una en el abrazo bendito del amor y nos abra las puertas de la felicidad social y colectiva.

¡Cómo estaba en los momentos de la ofrenda el atrio oeste de la Pulchra!

El sol espléndido, los pendones flameando, las campanas lanzando notas de alegría suprema, los cohetes, las bombas, las músicas, las gargantas de los grupos desgranando melodías, el público enardecido, el entusiasmo desbordado en el bello desorden de un pueblo que sabe sentir y gozar.

¿Y de personajes?

El Obispo P. Carmelo Ballester, el Gobernador Militar Sr. Gistau, el Gobernador Civil Sr. Ortiz de la Torre, el Alcalde de la Ciudad Sr. Regueral, el Presidente de la Diputación Sr. Rodríguez del Valle, el Cabildo Catedral, Gestores de la Diputación y del Ayuntamiento, multitud de Jefes y Oficiales del Ejército y como corona majestuosa que orlaba todo el cuadro, representaciones lucidas y valiosas de las provincias hermanas que vienen a León para rendir a la capital del antiguo Reino el homenaje fraternal y efusivo de su presencia.

Allí estaba el Presidente de la Diputación de Valladolid, Sr. Ciancas con los Gestores Sres. Presa y Silva como herederos del espíritu de aquel Pero Ansúrez, Conde leonés, gran amigo de Alonso VI, émulo del Cid que engarzó en el anillo de la corona de la Monarquía de León, las armas de los Condes Catalanes de Urgel.

¡Y qué lucida representación Coral trajo Valladolid al concierto majestuoso de la fiesta de la Victoria de León! Cantos y danzas populares, con dulzaina y caja, y bellas señoritas que traían en el semblante estampando el dolor de la hazaña memorable de que aquellos muchachos que con Onésimo Redondo, taponaron con cuajarones de sangre las brechas de Guadarrama y escribieron una de las más bellas páginas de la Historia de esta Cruzada.

Allí estaba Palencia la Noble, la región que tan bellos recuerdos conserva del esplendor del Reino de León en sus monumentos, en su arte, en su literatura; la tierra de los grandes poetas, Santillana, el Judío de Carrión, los Manriquez, que todos cantaban en el país Leonés, en la lengua limpia y armoniosa de nuestra patria, una y grande.

Palencia estaba delante de la Virgen Blanca, con el espíritu de Berruguete y Casado de Alisal y venía a decirnos que los ríos palentinos, el Pisuerga que nace en Peña Labra —la que da agua a tres mares— y el Carrión que brota en los lagos de Curavacas, son ríos que fueron fronteras del Reino Leonés, y en sus aguas, enrojecidas con la sangre de Bermudo III, flotan todavía los espíritus de aquella nobleza leonesa, que cayó en Golpejara y en Tamarón. Su Presidente de la Diputación, Rodolfo Pérez Guzmán y las bellísimas parejas de Angelita Pérez, Mercedes Alonso, José-María García y Delfín Blanco, estaban tan alegres, como si se sentaran en su propio hogar. En el sonreír de sus labios de amapola, parecíanos que las Señoritas palentinas nos recordaban que la gesta de Guardo en el día veinte de julio del treinta y seis, fué clarín de gloria que resonó en la montaña leonesa de Riaño, como un consuelo y una esperanza.

No menos contenta estaba Zamora, la provincia más her-

mana, la que nunca dudó de su stirpe leonesa, la que tiene con León tales afinidades etnológicas, geográficas e históricas, que sus costumbres, sus cantos, sus paisajes limpios, como las pedrezuelas que lava el Esla, son tan leonesistas como si hubieran brotado todos en los días de Doña Urraca, la *calumniada*, la hembra más fuerte y más juiciosa que se sentó en trono real. Zamora tiene tanta raigambre leonesa, que parece solo una prolongación de la provincia de León. Su río más pomposo es el Duero, pero su río más simpático es el Esla. En su ribera se dió la batalla de Polvoraria, uno de los jalones más decisivos de la reconquista; en sus aguas se reflejaron las torres del Castillo de Benavente, una de las mansiones más lujosas, en donde los Condes fueron peones importantes en el tablero de la Monarquía de los Trastamaras, más abajo Távora y Moreruela, nos habla todavía sus ruinas, del monacato cultural de aquel San Froilán anacoreta, monje y Obispo que logró adiestrar a doscientos discípulos en cánticos y en lecturas de libros que tanto escaseaban en el siglo X, el siglo de hierro.

Zamora cuando viene a León sabe que viene a su casa y no necesita hospedaje de invitada.

¿Y Salamanca?

¡Ah! Salamanca la culta, la tierra de égloga y de las dehesas enciniegas, la que canta madrigales como enamorado y hace estrofas cinceladas como si viviera Horacio, la de la Universidad cosmopolita, Seminario de sabios, Cátedra en la que los teólogos subieron hasta las fuentes de la inspiración divina y los juristas abrieron los horizontes del Derecho Internacional y los Humanistas hicieron reverdecir los laureles de Grecia y de Roma y los Místicos penetraron

tan adentro, en las Moradas del Amor Celestial, que parecían Angeles cantando en la tierra.

Salamanca tiene posos espirituales tan leoneses, que sus glorias, todas las históricas y las científicas, son de marca leonesa auténtica y acreditada.

Por eso, como siempre que la llama la Hermana Mayor, vino ahora con sus Charros Balbino Velasco y Alberto Vicente y con sus mozos de Candelaria Marcelino Fonseca y Manuel Sánchez para lucir sus trajes riquísimos y cantar sus canciones populares y danzar con una elegancia, con una gracia, que fueron la admiración de todo León entusiasmado.

¡Qué gusto saboreamos viendo y oyendo las jotas de la tierra de Campos, LAS RUEDAS, LAS HABAS VERDES y los corros Zamoranos y Salmantinos que parecían traer armonía de Juan del Encina, aquel Prior leonés que vivía en la Plaza de Regla y trajo de Italia las primeras áureas del Renacimiento y ensayó en Alba de Tormes el drama pastoril y el villancico tierno y la comedia sencilla, sin escabrosidades y desnudeces.

¡Oh! Las provincias hermanas dejaron en León un sedimento de simpatía, un rumor dulce y secante de amor de raza, de amor de historia, de amor espiritual burilado en el alma leonesa con trazos tan firmes que no se olvidarán jamás.

La escena de la ofrenda delante de la Blanca fué de una emoción tan fuerte, que a pesar de durar mucho tiempo, el público no se sentía fatigado ni aburrido.

Y es que el hombre no sólo vive de las harturas del pan, sino que su espíritu se nutre con ese cebo espiritual de la religión y del arte, que son más confortadores.

Mis fantasmas hacía rato que no venían. Sospeché volarían al Cielo envidiosos de no vivir estas horas de la resu-

rrección de su pueblo. Acaso irían a contar las maravillas vistas y oídas a otras almas que soñarían con la grandeza de León.

Eran las dos de la tarde y el público empezó a desfilar sin cansancio, sin hastío, ebrio de poesía y de arte, saturado de espíritu tradicional, deseando que esto se repita con mayor preparación y sin tanto barullo, desfilando, por lo menos, un partido cada día, porque abrumba y enloquece tanto arte amontonado, tanto tipismo presentado, como en cinta cinematográfica, y eso que no trajimos a esta fiesta ni los aluches emocionantes, ni los partidos de bolos, ni los desafíos de pelota ni los juegos de barra, ni las rondas nocherniegas robando las natadas, ni las hogueras de San Juan, ni los Villancicos Navideños, ni las comedias de Semana Santa, ni tantos usos y costumbres como se estilan en esta tierra de León.

Quevedo vino cuando estaba yo ordenando las cuartillas escritas y vengo—dijo—a despedirme del cronista. Vuelvo a mi sepulcro, a los pies de la Virgen de Betanzos, a contar a mi Señor Don Gabriel de Betanzas las grandezas de este León no soñadas por aquellos Infanzones e Hidalgos, por aquellos Nobles y Prelados que llevaron el nombre del viejo Reino prendido, como una filacteria, en los pendones guerreros de los escudos blasonados.

¡Oh! Si pudiera contárselo a aquel Fray Domingo de Betanzos, misionero de Méjico, a quien los indios querían como a un padre, que reposa en aquel Convento de San Esteban de Salamanca, con fama de santidad, entre un ejército de sabios y de místicos. ¡Cómo se alegraría él que dejó en América el nombre de León perpetuado en una ciudad que se llama como su patria chica, como la ciudad en donde

nació y en donde se educó, en el Convento de Santo Domingo, el espléndido Convento leonés, que no lograron borrar de la memoria de los leoneses ni la esponja ingrata del olvido ni la fiera manía legisladora de los pseudo-demócratas de los últimos tiempos!

—¿Y Cebrián?—le pregunté.

No lo volví a ver. No sé si saldría ya del hogar de Riaño o estará regodeándose por esas callejuelas y plazas irregulares que habéis puesto limpias y acicaladas con jardinillos y fuentes, con arbustos y flores, como no la tiene ninguna ciudad de España.

Esto terminó por lo visto.

—No; falta lo mejor; y para lo que falta os necesito más que nunca. Hay que ver y oír los cantos regionales, los bailes típicos, los trajes viejos elegantísimos y vistosos. Y como esto será en distinta plaza y a la misma hora, no puedo yo recorrer todos los lugares y vosotros podéis hacerme un gran servicio.

—Buscaré al arquitecto, y como somos incansables y nos relamemos de gusto con estas cosas que estáis haciendo, no faltaremos.

Cantos Regionales

Plaza despejada y espléndida del gran mártir de la patria Calvo Sotelo, centro vital de amplias calles; jardinillos y flores; un sol de lujo que no molesta; un vientecillo que menea con coquetería las cabelleras tiernas de las acacias; balcones engalanados; un estrado modesto; la silueta de San Marcos como un medallón que se destaca en el norte; casas bonitas en la Plaza Circular y en la calle que como una flecha atraviesa al León moderno; trajes multicolores; público

enorme; alegría y gritos de entusiasmo; unas sillas para el Jurado y a las cinco de la tarde empieza el Concurso de Cantos Regionales.

Los periodistas husmean, corren, dialogan, atropellan con el lápiz cuartillas ilegibles; exprimen el magín para buscar flores y metáforas, quieren copiar cantares, melodías, matices del conjunto y sólo pueden aprisionar esbozos toscos en sus notas. Abundan los fotógrafos.

Yo me sentía fatigado y abstraído; era una somnolencia la que hacía que el cortinaje de los párpados se cayera sobre las ventanas de mis ojos; no veía; no oía. Traté de escribir y la imaginación se me había declarado en huelga. Un cantar de Laguna Dalga me despertó:

Morenita la quiero
que vaya y venga
a por agua a la fuente
y no se detenga.

Tenía el eco languideces paramesas, dulzura de campos mojados. Fué para mí el cantar como un aguijón de avispa que me movió todos los nervios, como un despertador que me puso en plan de trabajo.

Esto, si se repite, no se puede hacer así. Cada pueblo, cada zona, trae cantares originales, coplas satíricas cantadas con gusto y afinación y no se deben desgranar esas flores poéticas en unos minutos ni en unas horas. Cada partido da de sí para una tarde entera.

Ahí está LA MOLINERA, popular en toda la provincia, que tiene variantes típicas. San Cristóbal de la Polantera la cantó así:

Vengo de moler, moler
de los molinos de arriba,
vengo de moler, moler
que no me cobran maquila.

En el último verso asoma la picardía. En cambio, LA MOLINERA de la Sobarriba, entonada por Villaturiel, es tan picaresca e intencionada que raya en erótica:

No quiere mi madre
que al molino vaya
porque el molinero
me rompe la saya.

«La Vendimiadora», de Valdevimbre, y «La Rosalera», de Santas Martas, traen aromas auténticos del campo, aunque están algo forzadas de metro.

Y llegó Astorga con sus ochenta mozas, todas bellísimas y con gargantas de cristal, para deleitar al público con las armonías dulcísimas de sus canciones, ensayadas por el Maestro Barrón. La letra es primorosa e ingenua; no tiene matices irónicos; está la poesía impregnando toda la canción:

Ventana, ¿Cómo no te abres?
Ventana, ¿Cómo no te cierras?
Lucero, ¿Cómo no sales
a recoger las estrellas?

Y no es que en Astorga no se estilen canciones cáusticas; las hay como frotadas de hortigas:

Ante un espejo, un baturro
se ha visto y dijo con ira,
¡Rediez! qué cara de bruto
tiene el hombre que me mira.

¿Y aquella de:

«No me tires chinitas
al lavadero?»

¿Y esta otra que abunda en todas las rondas?:

Quitate de esa ventana
no me seas ventanera,
que la cuba de buen vino
no necesita bandera.

De los labios de las mozas astorganas caían como perlas
los cantares bonitos como éste:

Jilguero que vas volando
y en el pico llevas hilo;
¡dámelo para coser
mi corazón que está herido!

Y este otro:

Gasta la tabernera
pendientes de oro,
y el agua de la fuente
¡lo paga todo!

Se podían hacer colecciones de cánticos de todas las modalidades de la provincia; pero hay que seleccionar con cuidado, porque se filtraron ecos asturianos y música de tangos que aquí suena a profanación del arte indígena.

Aquel de Ancares:

Majito de la fachenda
no mires tanto pal pecho;
que la fachenda que tienes
no te deja andar derecho.

y el de Benavides de Orbigo:

Lavándote vióme el río,
y la espuma de sus aguas
envidiosa se deshizo.

y el de la Valduerna:

Tus ojos son dos luceros,
tus labios son de coral,
y tu cara blanca y pura
como la espuma del mar.

Este merece catalogarse, con el mismo esmero que aquel
de Santa María del Páramo:

Paramesa, paramesa
no te arrimes a mi lado,
que te vas a quedar presa
en las redes de mi engaño.

Por lo castizo del lenguaje y por que tienen una raigambre honda, quizá sean las canciones de Riaño las más enjundiosas, aunque se van apagando los ecos de aquellas rondas, los cantares de aquellos pastores que en las majadas sentados sobre las crestas de las sierras, llenaban de poéticas emociones los montes y los valles, acompañadas del rabel o haciendo sonar el torullo de asta de buey.

Tonadas llamaban antiguamente a estas canciones de la montaña leonesa y las cuadra bien el nombre porque son tonos de brabura bélica unas veces, son dulces requiebros de pechos que aman otras, y siempre latidos del alma colectiva que llora, canta y riñe y consuela en aquellas *tonadas*, que al son del tambor en las noches estivas, eran rondas y al son de la pandereta en las tardes domingueras eran bailes, en la plaza del pueblo, delante de la bolera y en presencia de los viejos, se derramaba el zumo de una poesía que entraba por los sentidos y rociaba el alma con emociones sencillas y confortables.

Todo eso que se está perdiendo, volverá y volverá con los bríos de un retoño nuevo, si los leoneses que hicimos el ensayo magnífico de esta fiesta de la Victoria, sabemos explotarlo.

Sólo Riaño, La Vecilla y Murias, poseen un tesoro en cantares y en romances.

En una crónica no caben todos los cantares que volaron al espacio, pero bien merecen conservarse estos que oímos:

Me echastes al mar abajo
me buscaste al mar arriba;
me distes, galán, la mano
cuando me viste a la orilla.

GRANDOSO

Una vez que quise ser
nuera de tu señor padre
dijo que no le cuadraba.
¡Que busque un cuadro que cuadre!

VEGACERNEJA

Ya sabes que te dí un queso
en señal de matrimonio;
si no te casas conmigo
¡vuélveme el queso, demonio!

BURÓN

Si por pobre me desprecias
digo que tienes razón;
yo desprecio a muchos ricos
por pobres de corazón.

BURÓN

Bendito mil veces sea
el rincón de mis amores,
porque en él está enclavado
el hogar de mis mayores.

BURÓN

Montañesa quiero ser
aunque se gane bien poco,
montañesa fué mi madre
y quiero salir al tronco.

OVILLE

Debajo de tu ventana
oí cantar a una culebra;
¡no tiene tanto veneno
como tiene *la* tu lengua!

BARNIEDO

Por el sabor clásico, por lo bien cantada, por el regusto que el público sacó de la ejecución, ahí va, como una flor del parnaso leonés, esta cuarteta con estribillo, de Reyero:

Un pastor de merinas
me dió piñones;
yo le dí calabazas
que son mejores.
¡Abrela, morena, la ventana,
ciérrala, *penosita* del alma!

Cuando el público, entusiasmado, saboreaba estos brotes poéticos cantados por gargantas de cristal, el cronista, melancólico y tristón por que se acababa aquel derroche de gusto y armonía, oyó esta berciana que parece de un filósofo:

Las malas son esas penas
que sin matar nos maltratan.
Las que de un golpe nos matan
¡ésas sí que son las buenas!

Y al atardecer, por las carreteras y caminos se oían, como arpegios de ruiseñores en el soto, los ecos de canciones que cantaban cuadrillas de mozos de regreso a sus hogares.

«Y eso—me lo decía uno de la Sobarriba—que, ¡coiro! faltan los mozos que cayeron. ¡Los mejores! y los soldados que no pudon venir con permiso de Franco. ¡Cuando vengan todos, habrá que oír las rondas que canten y las tonadas que traigan de otras tierras!»

Me había sentado cerca de los Jurados, y por cuchicheos pude entender que los maestros de música no estaban tan satisfechos como creía yo, y no por las gargantas —decía uno— que son inmejorables, sino por los mages que no han sabido sacar cantares de tipo satírico que siempre fué en León la vena más abundosa.

El fantasma de Quevedo aleteaba en torno mío murmurando palabras de despecho.

—No te ufanes—me decía—que estuvisteis pobres; y es lástima, porque voces *haylas*, como de Angeles, pero la letra está muy rebuscada y tiene muchas filtraciones exóticas.

De romances que teníais la cantera más rica, de donde Lope de Vega y Calderón sacaron buenas rajas para sus comedias y dramas, no trajisteis nada.

Cuando vino la Majestad Cotólica de Felipe III y la calbagata corría por las empedradas calles, oíamos, como una gesta guerrera, aquellos versos de Bernardo del Carpio cuando venía a León a rescatar a su padre que lo iban a ahorcar:

Por las plazas donde pasa
las piedras quedan temblando.

Y terminaba siempre el romance con aquel apóstrofe:

Podrán decir de leoneses
que murieron peleando;
pero no que se rindieron.
¡Que por algo son hidalgos!

Y las niñas de Santa Ana nos recibieron con aquel romance, tierno como un idilio, de «La Peregrina»:

En la ciudad de León
—Dios me asista y no me falte—.
Vive una hermosa niña,
fermosa de lindo talle.
El Rey namorose de ella
y de su belleza grande.

Y al entrar en la Plaza de Santo Domingo, otro grupo de mozas cantaban el romance de Don Bueso, y ¡cómo lloraba el público cuando la hermana de Don Bueso, cautiva y rescatada, entraba en el su palacio de León exclamando:

 Mi jugón de grana,
 mi saya querida,
 que la dejé nueva
 y la hallo rompida!

Después dijeron el de «Blancaflor», la cual pide a un pastor que la escriba una carta a su madre la Reina de León, y como el pastor no tenía pluma ni tinta, ella le dice:

 De pluma te servirá
 un pelo de mis guedejas,
 si tú no tienes tinta,
 ¡con la sangre de mis venas!

Y recuerdo que de las riberas de Luna vinieron unos corros de doncellas todas vestidas de pastoras y cantaban aquello:

 ¿Por qué lloras niña hermosa?
 ¿Por qué tengo de llorar?
 Porque ha pasado mi amante
 y no me ha querido hablar.
 Con otra dama
 se va a casare
 y a mí solita
 me va a dejare.

¡Estilo puro del dialecto leonés! y del Bierzo, y de los páramos de Astorga y de las montañas del Esla vinieron romeras y cantores, y empezaron a desgranar las espigas doradas de una poesía dulce, sonora, que competía, en melodías, con los coros de las Cantaderas que estaban ensayadas y en competencia las de las cuatro parroquias. ¿Por qué no resucitasteis vosotros las Cantaderas?

Crefais que estaba muerta la tradición y no os dais cuenta de que el alma leonesa es de raíces enciniegas, de encina serriega, que hincan las raíces por entre las grietas de la peña para buscar jugo y frescura muy hondo, lejos del tronco reseco y carcomido.

No me gustó nunca la *Tarasca*, que es de origen Provenzal, y en la procesión del Corpus me pareció una profanación como los Gigantes y Mojarillos que la seguían. Lo único que me gustaba de la *Tarasca*, era que quitaba las caperuzas a los que se cubrían en la procesión.

Pero ¡las Cantaderas!

Aunque simbolizaban una leyenda absurda, la liberación de las cien Doncellas, leyenda inspirada sin duda en las rancias que hacían los moros por tierras Astur-Leonesas para llevarse mujeres de cualquier clase que fueran porque los árabes andaban escasos de hembras y pagaban a buenos precios a las mozas cautivas en los mercados de Córdoba porque tenían fama de ser muy fecundas, así y todo esta leyenda representada en las *Cantaderas* era cosa muy típica y en mis días las pinta con colores harto chillones el autor de «La Pícara Justina».

Yo las ví muchos años en las fiestas de la Patrona, en agosto y era un primor el atavío con que venían las doce

niñas de doce años, de las cuatro parroquias de Santa Ana, el Mercado, San Martín y San Marcial, las más lindas y hermosas que en competición se escogían, vestidas con sayas y bordados, enjoyadas con collares de pedrería y oro.

Cada una llevaba dos ciriales y en cada uno de ellos dos velas para ofrecer a la Virgen de Regla. Iban los atambores de forma ochavada que los sacudían con palos gruesos, produciendo una música ronca de sonidos guerreros. Así entraban en la Catedral las niñas, bailando y cantando en medio del coro; subían al Presbiterio y delante del Obispo vestido de Pontifical, bailaban de dos en dos.

De luengas tierras venían a verlas, y no pocos peregrinos de Compostela esperaron aquí varios días, sólo para ver las niñas cantaderas.

Después iban al Claustro y ofrecían a la Virgen un canastillo de peras y otro de ciruelas.

Delante de las niñas iba una mujer vieja con tocas moriscas que llamaban «La Sotadera», y era figura de la mora que guiaba a las cautivas consolándolas en su cautiverio.

—Sí—le contesté—se pensó en resucitar esta bella leyenda, pero no hubo tiempo de prepararla. La última vez que se celebró fué en 1809. ¡Otra tradición hermosa que nos mataron los franceses! ¿Estarías en los bailes?—pregunté a Quevedo—.

Estuve y Cebrián vió el concurso de trajes. En bailes no estuvisteis mal; todavía hay solera y garbo y arte coreográfico que merecen verse. Los cines, el teatro y ese maldito manubrio, iban socavando los cimientos sólidos de la casa solariega leonesa, en la que cada zona conservaba como un

relicario esos bailes trenzados, esas jotas alegres que eran la animación pueblerina en las fiestas de los Patronos, en las bodas y en las misas nuevas. Por fortuna, aún tenéis mucho que lucir.

Pero que esta fiesta sea un despertador de arte dormido, un aguijón que despabile energías y gustos que se estaban acabando. Allá por las tierras de maragatos, en la fiesta de la infraoctava del Corpus, en todas las parroquias se visten los trajes regionales y bailan por la tarde en la plaza del pueblo. ¡Ahí los teneis ahora cómo se lucen, cómo encantan esas parejas de Luyego, de Val de San Lorenzo, de Alija.

De Riaño y de Prioro y de Villablino y de Villamañán, algo trajisteis que me gustó sobremanera, más como recuerdo que como realidad.

Así y todo estuvisteis más ricos en bailes que en cantos y los cánticos y los bailes remozados con esos trajes bonitos y vistosos, hicieron un conjunto que si lo repetís y ensayáis mejor, mereceréis bien de la patria y de la región.

—Sí; en trajes—añadió Cebrián—estoy orgulloso. Aquellas parejas de Val de San Lorenzo, todas vestidas por un patrón, el patrón típico maragato, elegantonas y lujosas, trazando los ritmos y los compases con una armonía encantadora, aquellas «Mayas» con zaragüellos, aquellos chalecos con finos bordados en las pecheras, aquellas camisas con encajes y pliegues, aquellos sombreros de cordones y las botonaduras de plata con filigranas en los hombres y el caramiello de las mujeres y los manteos de vuelo y los perriellos y mandilines labrados y la chambra ajustada a la muñeca y los mantones amplios, todos de sabor clásico, todo tiene tinte tradicional.

Algo vino de Riaño que merece destacarse y algo trajeron también los parameses que el Jurado sabrá premiar.

Pero es preciso que esto se repita y se lleve a los pueblos contagiados de modas antiestéticas y extranjeras.

La tarde iba muriendo; el cronista estaba rendido, el público se desmoronaba por las calles en bello desorden; mis fantasmas se despidieron gozosos y cuando aún no se apagaba el griterío y las voces de la muchedumbre que saboreó uno de los placeres más espirituales, más sabrosos de su vida, León, la ciudad medieval de Alonso VI y Alonso VII, la de San Isidoro y San Marcelo, la de la *Pulchra* que se encumbra como un símbolo sobre la urbe nueva, la de los Gremios y Artesanados que tenían calles, la que vió a los Reyes y a los Nobles y a los Mesnaderos, salir de Santa María en las primaveras «Quando Solent Reges Ad Bella Exire» y a la vuelta de algaras triunfadoras, eran recibidos al son de clarines y de tambores; la ciudad de Ordoño vivió un día memorable, precursor de aquel día histórico en que el Caudillo Franco, había de despedir a la Legión Cóndor, grupo de caballeros alemanes que acá vinieron a ayudarnos en la gran cruzada moderna, cruzada de ideales santos, de sentimientos nobles, de aspiraciones imperiales.

León vivió un día de poesía alegre sin un desorden, sin un grito de odio, sin uno de esos gritos amenazadores a que nos tenían acostumbrados la horda de puño cerrado, de blasfemias soeces, de insulto procaz; un día de luz espléndida, de emoción intensa, como aquellos días en que la ciudad era corte de Reyes, reunión de Concilios, *Locus Apellátiónts*, Lonja de Arte, Panteón de Monarcas.

Porque León dió nombre a un reino, a ciudades y a ríos de América, blasón a España, caudal de voces a la lengua patria, sangre de mártires a la Religión; supo poner cátedra al arte, dió solar a la nobleza, foco luminoso a la cultura; tiene unas credenciales históricas tan linajudas, como las de otras regiones. Conservó la reciedumbre de sus murallas, la magnificencia de sus templos, la pátina secular de sus palacios y cuando la vida moderna acicala calles y plazas, León, que en la historia es relicario, acertó a dar al progreso un empuje tan colosal, tan limpio y tan bello, que los forasteros la envidian y la copian.

Y ahora, en estos momentos en que los rumbos de España van por las rutas imperiales de grandeza, León, que en la guerra hizo gestas heroicas, en la paz supo hacer fiestas no igualadas, para decir al mundo que conserva la entraña viva que le dió glorias pretéritas y tiene aun virgen el seno fecundo para lucir la maternidad de hazañas y heroicidades que el tiempo ingrato no marchitan ni envejecen.

Porque León, raza Iber-Astur, romanizada en la lengua, en costumbres, en leyes, no tienen adherencias godas ni árabes; es indígena en su formación, en su desarrollo histórico y cuando Castilla no era más que un Condado.

*León era ya Reino
Raíz y solar de España.*

La unidad hispana, cantada con tanto fervor por S. Isidoro, se rompió en Guadalete, para rehacerse, más pura y pujante, en el Reino astur-leonés. Y «no fué Castilla—escri-

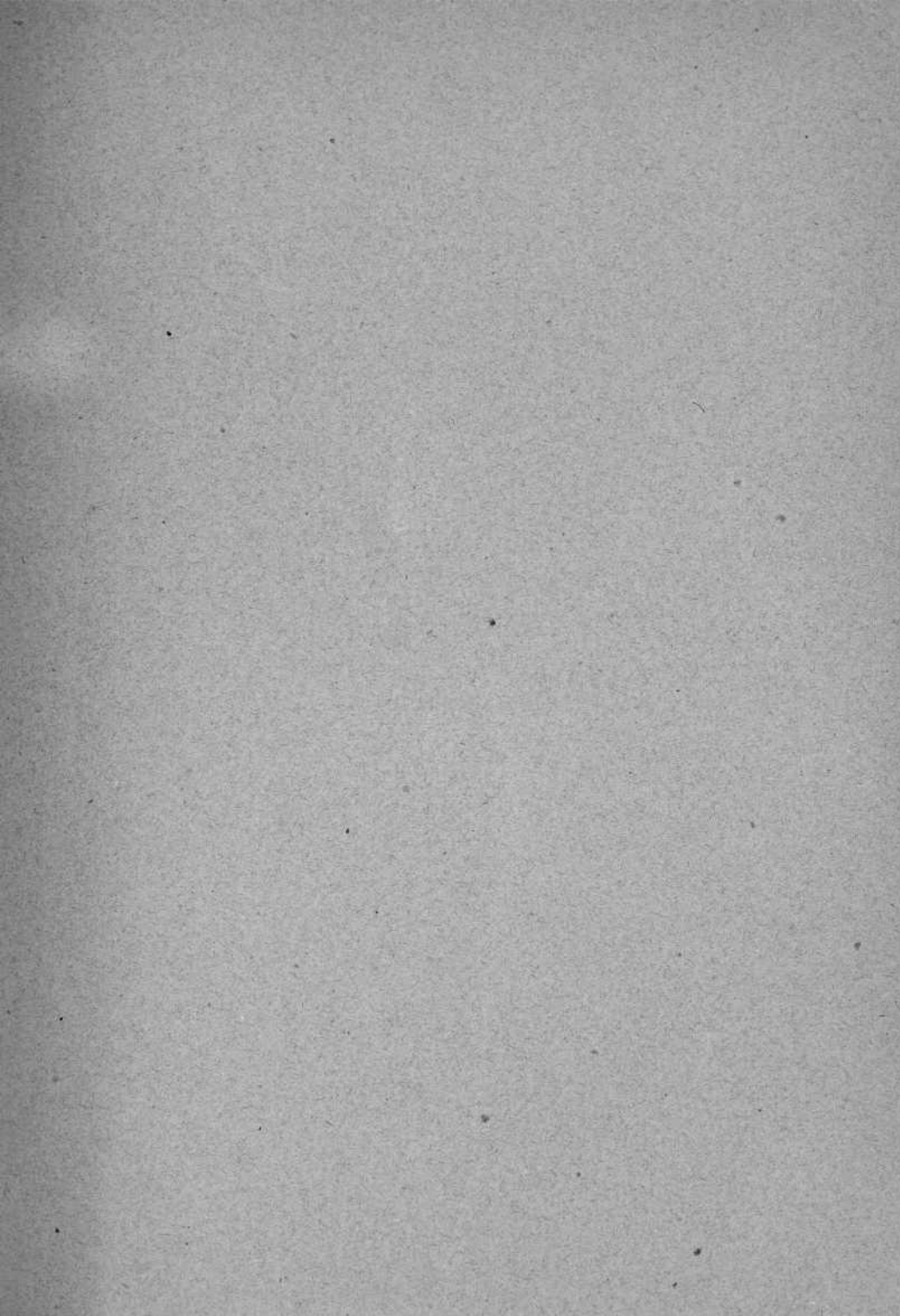
be Menéndez Pidad—*La España del Cid*,—tomo 1.º—sino *León, el primer foco de la idea unitaria, después de la ruina de la España Goda*».

León, pese a toda exaltación de Fernán González—que vístase como se quiera, fué un rebelde—proclama ya en pleno siglo IX la idea IMPERIAL reconocida por Sancho el Mayor de Navarra en 1029, y por el autor castellano del CANTAR de Rodrigo, según el cual:

*León era Regno;
et Castilla, Condado.*

A. M. D. G.





In Sulpicia